

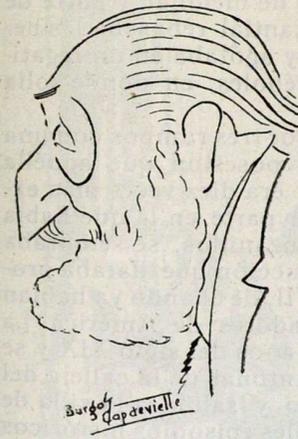
LA BRIGADIERA

HISTORIA NOVELADA (1)

I

LOS OLIVOS

El tío Rubio no era rubio. Era moreno y su nombre y apellidos no les han conservado la historia ni la tradición. Le llamaban así porque con la misma designación habían designado a su padre, a su abuelo y ascendientes hasta llegar a alguno, remontando en el pasado su estirpe, que por ser probablemente de pelaje rubio muy distintivo, adquiriría tal mote, que se hizo consuetudinario en el linaje.



Cuando alguno de los Rubio, por causa de casamiento, nacimiento o muerte, tenía que acudir al registro parroquial, advertía que lo de Rubio no era apellido, y el verdadero era el que se hacía constar en el registro. Pero como no se anotaba el mote, tal fuente de información está seca en los tiempos actuales y el más profundo misterio existe en tal particularidad.

Pero con el nombre de Rubio, han quedado en el pueblo y territorio natal de este hombre mítico y famoso denominaciones topográficas y noticias de algunos hechos como los que relataremos; más sabidos en la villa del nacimiento del tío Rubio, que los pertinentes a los faraones egipcios que hicieron construir las pirámides, o las expediciones y conquistas de Gengis Kan, en los antiguos tiempos de la historia; o la creación por Wáshington de la colosal república yanqui, o las exploraciones africanas por Livingstone en la moderna época histórica.

Al terminar la primera mitad del siglo XIX, el tío Rubio era propietario de una pequeña parcela de terreno o vequilla, en la que brotaba un manantial bajo la fronda de una grande y vieja higuera que extendía sus ramas cobijando y sombreando amplio espacio de agradable estancia, en el que con más comodidad que el Gautama

(1) Escenas de la vida extremeña en el segundo tercio del siglo XIX. Este trabajo del ilustre hombre de ciencia D. Eduardo Hernández Pacheco fué leído por su propio autor en la Sección de Literatura de la II Asamblea de Estudios Extremeños y honra hoy las páginas de ALCANTARA.

Buda en la suya del antiguo Indostán, se cobijaba y establecía su vivienda veraniega el tío Rubio, tan pronto terminaba las operaciones y recolecciones de era.

Había arreglado el manantial de tal forma que brotaba en el fondo de un pocillo de como un metro de profundidad, revestido con mampostería en seco de grandes piedras; surgiendo el agua rebosante de la poceta a acumularse en una charqueta excavada en el terreno, desde donde se distribuía para regar parte de la pequeña vega. Esta se plantaba todos los años de unos pocos centenares de matas de tomates, de un par de cientos de pimenteras, de un cuadro de perejil, media docena de pepineras y de calabaceras de clases diversas. Ningún año faltaba alguna frondosa calabacera productora de vasijas variadas, ni unas matas de yerbabuena, que hubiera sido la delicia de un mogrebino; ni tampoco como contribución voluntaria al ornato y al buen gusto, algunas matas de albahaca, grandes y amarillos discos floridos de girasol, y erguidos tallos de malvarrosa. El resto de la veguilla quedaba de secano, parte de melonar y parte de carillas o sea judías caretas. El agua del manantial rebasaba las necesidades del regadío y el sobrante se perdía y agotaba en un regatillo que verdeaba de juncias, mastranzos y tréboles, en donde solía atar a la estaca, el tío Rubio, a su jumento.

El pequeño predio del tío Rubio lindaba por tres rumbos con una posesión de la viuda del brigadier Pacheco, posesión que aquélla había aportado al matrimonio. Tal posesión era diez veces más extensa que la veguilla del tío Rubio. Una gran parte en la que había algunos olivos descarriados y en general manzanillos, se sembraba de trigo. Otra parte era olivar en plena producción que databa probablemente de la segunda mitad del siglo XVII, de cuando ya habían regresado y se habían muerto los conquistadores de América. La tercera parte era de olivos de los primeros años del siglo XIX y se denominaba en la época del tío Rubio, el plantonar de la calleja del Parral, por el nombre de una vía de acceso y salida a la villa de Alcuéscar, en la que se desarrollan los notables episodios históricos que relatamos.

La posesión a que dió nombre la fuentecilla del tío Rubio, tenía acceso además de por dos salidas principales del pueblo; la dicha de la calleja del Parral y la del camino de Mérida, por una angosta calleja que partiendo de la amplia del Parral, seguía en codo, hasta un grande y viejísimo olivo solitario, procedente del injerto sobre un acebuche, olivo que aún se conserva frondoso. La callejilla apenas daba paso a una bestia con serón o aguaderas. Enraizadas en las paredes crecían las zarzamoras, el rusco, las madreselvas, esparra-gueras y el orégano, y especialmente grandes tapsias o cañahejas de alto y recto tallo muy apreciado por los viejos para báculo y de los chiquillos para juguetes. Culebras de piel acharolada matizada de pardo, verde y gris y lagartos jaspeados de verde y azul, se escondían presurosos entre la maleza y las piedras de los muros. De pronto un negro mirlo espantado en su retiro volaba piando presuroso. La callejilla desapareció más tarde de la época que se relata, cuando

los diversos predios se unieron en uno solo con la denominación común de «El Rubio».

Una tarde tres conspicuos varones avanzaban lentamente por la callejilla camino de la fuente del tío Rubio para fumar un cigarrillo a la sombra de la higuera y beber la fresca agua del manantial. El más viejo era el párroco, el cura Limones, persona inteligente y discreta, de carácter enérgico y un tanto autoritario y dominante. También de edad madura era don Atanasio, funcionario del Ministerio de Hacienda, que había solicitado la jubilación y regresado de Madrid a su pueblo para atender a su quebrantada salud. El tercer paseante era Pavón, estudiante con espolones, o sea que había pasado de pollo. Cursó la carrera sacerdotal en Badajoz, y cuando se aproximaba la cuestión de votos y ceremonias, torció rumbo y cursó Derecho en las Universidades de Salamanca primero y después en Madrid; sin prisa, armonizando el estudio con el disfrute del ambiente de la capital. Era algo aficionado a la Historia y a la Literatura y mediano latinista. Tenía cierta semejanza espiritual con el bachiller Sansón Carrasco, el compatriota de Don Quijote de la Mancha. No acabó la carrera, cuando se cansó de estudios, buscó novia, se casó, y fué pontífice máximo y caid de la cábila de Carmonita, aldehuela cercana a Alcuéscar; entonces entre jarales y de donde se decía que tenían que tener con tapadera los pucheros arrimados a la lumbre para evitar que los conejos se metieran en ellas sin despojarse primero de la piel; pues tal era su abundancia.



Cuando los tres paseantes llegaron al final de la callejilla, se sentaron en el ribazo donde crecía el centenario olivo solitario y

discutieron la edad que podía tener el árbol y convinieron en que debía ser muy anterior al descubrimiento de América y calculando años en relación con el aspecto y características del ejemplar arbóreo, vinieron en suposición que pudiera ser de origen morisco y anterior a la dinastía de los Trastámara.

De allí pasaron a reconocer otros dos vetustos y grandes olivos que en un ribazo próximo al teso de la finca crecían juntos, entrelazadas sus ramas, y asimismo procedentes de patrón indígena silvestre o sea injertados en acebuches. Próximo a éstos pero apartado y solitario entre la ordenada plantación del olivar, examinaron un tercer ejemplar análogo en aspecto, pero con la particularidad diferencial de que no era injertado en acebuche indígena, sino todo él olivo de la raíz a las ramas. El dictamen fué que los tres árboles debían considerarse contemporáneos pero más modernos que el reputado de origen morisco; y respecto a la fecha histórica vinieron en acuerdo que muy bien podían datar de la época de los Reyes Católicos, pero con anterioridad al descubrimiento de América.

En días siguientes se volvió a tratar, a la sombra de la higuera junto al manantial, del tema histórico olivífero, saliendo a relucir otros olivos y castaños, encinas, alcornoques y demás árboles notables del pueblo y de la comarca. El estudiante Pavón, con afectada gravedad burlesca, concretó lo pertinente a los olivos de la finca, en los siguientes términos: «No cabe duda que nos encontramos en presencia de cuatro venerables árboles anteriores al descubrimiento de América, de las Indias Orientales y del mar del Sur. El del ribazo donde la callejilla termina es el más antiguo y nada se opone a que lo consideremos de origen mudéjar. Respecto a los tres del teso, su contemporaneidad es manifiesta. Hay en estos notables olivos algo sorprendente y significativo: Dos de ellos vegetan juntos, son iguales en fortaleza y poderío, como Fernando e Isabel, los Reyes Católicos; árboles de los que también puede decirse «Tanto monta, monta tanto». El tercer olivo apartado y solitario, no es de genuina raíz indígena como los anteriores, sino extraño a la tierra, espurio como la Beltraneja; triste princesa de madre extranjera, repudiada y alejada. Caso singular y enigmático entre lo histórico y lo presente, entre lo vegetativo y lo humano; digno de meditación».

El tío Rubio que asistía al acto y que de la peroración no entendió ni jota, no pidió explicaciones llevado de su natural prudente y por no importarle la cuestión un pepino, pero supuso que todo aquello venía a determinar la antigua propiedad de tales olivos, y como en la localidad los motes abundan tanto como los apellidos, supuso que uno de los olivos habría sido de alguno apodado el «morisco», otro de una tal «Beltraneja», y los dos restantes de unos apellidados Rey (él conocía muy bien a tal familia) que hubieran tenido de mote «los católicos». Y para distinguir a tales olivos y sitios de la finca, les designó con tales denominaciones, que aún persisten. Actuó, pues, de San Juan el Precursor, o sea de Juan el Bautista.

II

EL BRIGADIER

El brigadier, don Diego Pacheco, ya difunto en la época de este relato, cuando comenzó la guerra de la Independencia Española contra Napoleón, era estudiante en la Universidad de Salamanca, y se alistó soldado voluntario. Al principio sirvió en el ejército que mandaba el marqués de Zayas, comendador de Alcuéscar y pariente del cura Martín Pacheco, alcuesqueño que subvencionaba a su sobrino el estudiante soldado para su carrera universitaria. Este se distinguió mucho en la guerra, y cuando acabó ésta era capitán y estaba de guarnición en la casa fuerte de Espelette, sobre La Nive, en el Sur de Francia, ocupada por el ejército español. De allí pasó a América meridional insurreccionada, a las órdenes del general Morillo. Después, que contra su opinión y voluntad, se vió forzado a capitular en la batalla de Ayacucho en 1823, regresó de brigadier a España y a su pueblo, teniendo unos 35 años y brillante porvenir en su carrera. En su villa natal casó con Gerónima Pavón, la más distinguida y guapa señorita del lugar, de unos 17 años de edad. Y con esto acabó la carrera militar y la trayectoria social de éxitos, gloria y fortuna del joven general.

Su esposa, la jovencita pueblerina, no tenía el poder sobrenatural de la diosa Calipso, ni las dotes mágicas de la encantadora Circe para sujetar al flamante y moderno Odiseo, sino únicamente su esplendorosa juventud, su gran belleza y un extraordinario e intenso apego al ambiente rural en que había nacido y desarrollado, y, como condición general femenina, la tenacidad y la perseverancia.

Poco tiempo después de casado fué nombrado el brigadier, Gobernador militar de Jaén, pero su esposa no le siguió a Andalucía, y al cabo de menos de un año, aquél consiguió su traslado al Gobierno militar de Cáceres, ciudad a poco más de seis leguas de Alcuéscar. El matrimonio se trasladó a la capital de la provincia, que en aquella época era una vetusta y pequeña ciudad de abundantes casas fuertes con altos torreones almenados, matacanes y balcones pétreos de esquina. En el vecindario existía rigurosa separación de clases sociales: El primer lugar le ocupaba la aristocracia, latifundista y en extremo orgullosa. La segunda clase social era la judicatura con su abundante complemento de abogados, procuradores, escribanos, alguaciles y demás del oficio, pues Cáceres, era y es Audiencia Territorial. Con esta clase alternaba la clerecía, también muy numerosa. El resto social era plebe y morralla despreciable.

La joven gobernadora no encajó en el ambiente de la ciudad, y acabó por pasar temporadas, cada vez más largas, en el pueblo; a donde iba el gobernador, en su caballo trotador, en cuanto podía y tenía ocasión. Pero el brigadier tuvo suerte, pues una Ordenación oficial dispuso que se creara la Comandancia General de Milicias voluntarias de Extremadura Central, o sea del territorio comprendido entre Tajo y Guadiana, que el mando correspondiese a un briga-

dier, y que el nombrado designase, en cada caso, la localidad más adecuada, a su juicio, para cuartel general del distrito. Don Diego solicitó y obtuvo el cargo y (cómo no) propuso para residencia del cuartel general, y, por lo tanto suya, a la villa de Alcuéscar.

Lo sorprendente del caso es que tal designación era acertadísima pues este pueblo está precisamente situado en la divisoria de aguas entre Tajo y Guadiana; equidistante de las tres ciudades importantes del distrito: Cáceres, Trujillo y Mérida, y en el paso más fácil de una cuenca fluvial a la otra; en excelentes condiciones estratégicas, y en el paraje donde se dió, en 1812, la célebre batalla de Arroyomolinos, cuyo nombre figura en la columna triunfal a Wellington en Trafalgar Square, de Londres; sorpresa militar en la que el brigadier, cuando era oficial, tuvo importante actuación en su concepto de conocedor del terreno; batalla de la que aún se conservan trofeos en la casa solariega del general.

Tal conjunto de circunstancias favorables a los deseos de don Diego y de su esposa, fueron considerados por Pavón, el estudiante de quien antes se hizo referencia, como manifiesto don benévolo a la feliz pareja, por los inmortales dioses olímpicos. Así comentando el retrospectivo suceso decía a sus compañeros de vagancia (*mentem vagari*), el cura Limones y el exfuncionario don Atanasio: «Indudablemente ello fué resultado de concierto entre los inmortales Marte, Minerva, Venus y Cupido; y el brigadier (q. e. p. d.) faltó en no conmemorar el fausto acontecimiento al no plantar en este mismo sitio en que nos encontramos junto al claro manantial del honrado y laborioso tío Rubio un laurel, y bajo la sagrada higuera que nos cobija, hacer degollar una ternera, y reunidos los amigos, consumir la carne de la víctima en unión de una crátera de vino, que ahora denominamos tinajilla, y una docena de grandes panes de blanca harina, en acción de gracias, (*Agere gratias panis amicitia*)». Y notando el astuto estudiante que el tío Rubio, sin entender palabra, abría la boca, que don Atanasio sonreía, y que el cura Limones daba muestras de impaciente protesta, torció el rumbo de su peroración y continuó: «Y como los tiempos de los falsos dioses han pasado, bien pudo el afortunado militar, costear un solemne tedeum (*Hymnū qui incipit Te Deum*), y respecto al consumo en ágape amistoso, de la ternera, los panes y el vino de la viña de Cantarranas, de la brigadiera, no retiro ni un ápice».

Don Diego y doña Gerónima, su bella esposa, se dedicaron de lleno, ya sin trabas a la patriarcal y bíblica tarea de la descendencia (*crescite et multiplicamini*), y al cuidado y desarrollo de la hacienda rústica y especialmente pecuaria.

No por ello descuidó el brigadier su principal deber y obligación; la organización y vigilancia de las milicias voluntarias del distrito militar en que ejercía el mando superior. El grupo de milicianos de la villa de Alcuéscar y el del inmediato lugar de Albalá (en donde doña Gerónima tenía algunas propiedades), eran las fuerzas más disciplinadas y entusiastas, y de la absoluta confianza del brigadier. Los domingos los milicianos de Alcuéscar, hacían ejercicios milita-

res en el prado comunal. El tío Rubio, entonces joven, era voluntario de confianza. De tarde en tarde, el general, de uniforme, a caballo y con su ayudante y ordenanzas, pasaba revista a las fuerzas.

En 1836, el general carlista Gómez realizó su célebre expedición, atravesando la Península de Norte a Sur, invadiendo la Mancha, Extremadura y gran parte de Andalucía, a donde la guerra carlista no había llegado. Un destacamento del ejército de Gómez, llegó de improviso a Alcuéscar. Rubio, el miliciano realista, entró presuroso en casa del brigadier, y le dijo: «Los faciosos están llegando al pueblo y vendrán a prenderle, huya usted». El brigadier no se descuidó y dijo a su esposa: «Que lleven los chicos a casa de los parientes», y Rubio, a las dos criadas que estaban presentes: «¡Ojo!, don Diego salió esta mañana, hace un par de horas, a caballo, y no sabéis nada más».

El brigadier, sin mudarse de zapatillas, seguido de Rubio, escaparon por la puerta trasera de la casa y salieron al campo. Al rato regresó el miliciano, y le dijo a doña Gerónima: «Don Diego se ha internado entre los olivares; no le encontrarán».

A los dos minutos llegó a la casa un pelotón de soldados; parte de los cuales la rodearon. El oficial que los mandaba, con varios soldados, entraron. Les recibió doña Gerónima, que no perdió la serenidad: «El brigadier ha salido, forastero», dijo al oficial.

—¿A dónde ha ido?

—Cuando sale, no lo dice; puede haber ido a Montánchez, a Trujillo o a Cáceres.

—Me han dicho que estaba en casa, pues le han visto en la plaza.

—Y le habrán dicho la verdad, pues no hace dos horas que marchó.

Esta escena se desarrollaba en el zaguán. Acompañaban a doña Gerónima las dos criadas y Rubio.

El oficial ordenó: «¡Cabo López! Registre Ud. con dos números, con cuidado, la casa, y vea si hay caballos en la cuadra».

El cabo López, con los dos soldados y Rubio, se internaron en la casa. Doña Gerónima, con las dos criadas, el oficial y cuatro soldados, permanecieron en el zaguán; nadie habló.

Uno de los soldados dió un suave pellizco a la criada joven, y ésta dió un chillido «Señor oficial», dijo la brigadiera, «le rogaría ordenase a sus hombres que no molesten a las criadas». El oficial dirigió una mirada iracunda al soldado. Otro de éstos, que estaba junto a la cantarera, hizo ademán de cojer el jarrito de barro para beber. La brigadiera intervino y dijo al soldado: «Aguarde Ud.» y dirigiéndose a la criada vieja: «¡Luisa!, con el permiso del señor oficial saca un jarro de vino para que estos hombres refresquen»; y como explicación, dirigiéndose al oficial: «Mi esposo me tiene dicho que cuando vengan soldados forasteros, los convide; y aunque ustedes por lo que veo son contrarios, no dejan de ser soldados, y yo hago lo que me tienen encargado».

El oficial se amansó, y dijo: «Comprenderá usted señora que yo cumplo con mi deber». La criada volvió con un gran jarro de vino. Doña Gerónima llenó un vaso y se lo ofreció personalmente al oficial, diciendo: «Si usted quiere aceptar». El oficial, haciendo una reverencia, lo tomó y bebió la mitad. Los soldados que habían quedado, bebieron servidos por la criada. El cabo López regresó de su inspección; se cuadró, saludó militarmente al oficial y le dijo «En



la cuadra no hay caballería alguna (afortunadamente se las habían llevado al empastado por la mañana temprano), ni nadie más en la casa.

El oficial hizo otra reverencia a la señora y se marchó con su tropa.

Los carlistas impusieron al Ayuntamiento una contribución extraordinaria de veinte mil reales, que se hizo efectiva el mismo día; se racionaron de pan, vino y cebada; requisaron diez caballerías y tres acemileros, y por la tarde, después de vísperas, abandonaron el pueblo. En el camino de Arroyomolinos asesinaron al secretario del Ayuntamiento de Malpartida y a otro prisionero civil que les estorbaban.

El brigadier regresó a su casa al día siguiente, aspeado por culpa de las zapatillas con las que huyó. Le acompañaba el miliciano Rubio y el mayoral de las ovejas, en cuyo chozo había pasado la noche. Su esposa le relató la escena de la víspera, y don Diego le dijo: «Has tenido suerte de haber tropezado con un oficial que debe de ser un caballero, más vale así».

El brigadier extendió por el distrito un eficaz servicio de infor-

mación. En el mes de Mayo, las fuerzas carlistas del cabecilla Cuesta, pasaron desde la provincia de Cáceres en dirección hacia Mérida y la llanura del Guadiana. Esta vez perfectamente informados del movimiento, se movilizaron las milicias de Alcuéscar, Arroyomolinos y Albalá y cuando los carlistas pasaron por el cercano puerto de las Herrerías, el brigadier con sus voluntarios les seguían cautelosamente por las rañas del Sur de la peña de la Centinela y al Oeste del valle del Aljucén; cayendo sobre ellos cuando estaban en los alcornocales del prado del Lácara, entre Carrascalejo y la Nava de Santiago. Este fué el último combate que consta en la hoja de servicios del ilustre militar. Los carlistas sufrieron una gran derrota; tuvieron una docena de bajas, dejando en el campo cuatro muertos y todo el bagaje y la impedimenta; que resarcía a los de Alcuéscar de la anterior requisa de caballerías. Los gubernamentales, un muerto de Albalá, dos heridos y tres contusos; entre ellos el brigadier, que cayó rodando con el caballo al saltar uno de los brazos del Lácara, cubierto de grandes nenúfares.

La pequeña columna, regresó victoriosa a la pequeña metrópoli del distrito militar. Inmediato a la villa, en la cuesta de Mérida, el jefe desmontó del mulo de cómodo paso, en el que había venido a causa del molimiento de la caída y cabalgó en su caballo para realizar la entrada *triumphalis pompa*. Junto al pozo del Granado, en la entrada de la villa, aguardaban las autoridades, el pueblo y la chiquillería. Las dos sonoras campanas y el esquilón de la iglesia, repicaban a gloria, a victoria y a alegría. A la puerta del templo esperaban el cura Limones, el presbítero Cáceres Cordovés y demás clercía. Llegaron presurosos los representantes de Albalá, avisados por el emisario que desde el campo de batalla se despachó en una jaca marchadora, llevando la noticia a su aldea con la velocidad que el soldado griego llevó a Atenas la noticia de la victoria de Maratón. Acudieron también los de Arroyomolinos. El brigadier, renqueando por causa del glorioso golpazo, ocupó, juntamente con las autoridades, los sitials de preferencia y la nave de la iglesia vibró sonora con el *The Deum hymnus*.

Había cumplido, o estaba para cumplir don Diego, los 56 años, cuando durante la mañana del día de la Asunción; estando afeitándose le dió un ataque de apoplejía y se murió. *Sic transit gloria mundi.* (1)

EDUARDO H.-PACHECO



(1) El final de esta «historia novelada» se publicará en el próximo número.